

## «EL TUNEL» A MANERA DE PROLOGO

Si los esquemas y las definiciones se resquebrajan y pierden desde el principio su dudosa validez en campos tan objetivos como las matemáticas o la física, es de suponer que esta fragilidad es todavía más visible en la esfera de las artes, que por naturaleza son ambiguas y contradictorias y difícilmente pueden participar de la aparente objetividad de las ciencias. La objetividad es, naturalmente, una abstracción: el ser humano crea unas leyes y unas reglas (de convivencia, de comunicación) que son «objetivas» en tanto tienen una validez, y dejan de serlo apenas se sustituyen por otras reglas más útiles, y, por lo tanto, igualmente y relativamente «objetivas». El arte, además, parte de esta supuesta objetividad (el mínimo necesario de comunicación) precisamente para denunciar la falsa objetividad de las reglas, para recordarnos su carácter convencional. Hay momentos en la historia del hombre en que el arte *ha aspirado* (toda aspiración es una nostalgia) a un universo objetivo y, por lo tanto, luminoso y armónico: el Renacimiento, inspirado por el platonismo, es el mejor ejemplo; ha habido otro momento en que el arte *ha creído* en un universo objetivo y el artista, inspirado por el positivismo, ha denunciado los defectos de la sociedad convencido de que hay unas soluciones objetivas para mejorarla: estoy hablando del realismo del siglo XIX, que llega a su punto más alto de ingenua arrogancia con el naturalismo.

Esta exposición es, desde luego, esquemática. Si bien es cierto que hay unas líneas dominantes en determinados momentos de la historia, también es cierto que el gran escritor escapa a estas definiciones. Pero escapa precisamente porque está fuera de dichos esquemas: sería un error decir que la literatura argentina contemporánea es Borges o Cortázar o Sábato; más bien diríamos que estos escritores inconfundiblemente argentinos son excepciones y que no ayudan a definir *un momento* de la literatura argentina: la misma diversidad de estas tres escrituras nos lo impediría. Sin embargo, hay algo común en los tres, pero no con la literatura argentina de Arlt, Macedo-

nio Fernández, Marechal o el tango de una forma u otra reivindicada por ellos. Lo que tienen en común no lo es por argentinos, sino por estar integrados en una visión moderna (moderno es lo que pervive) de la condición humana y, por lo tanto, del arte común a todos los grandes escritores contemporáneos. >

< Hay un arte de la realidad y un arte que pone en duda la realidad. El arte de la realidad (lo llamamos realismo decimonónico, pero sigue aquí entre nosotros, y por eso el término «decimonónico» se convierte en despectivo) es el que critica, denuncia, blasfema contra, intenta reformar e incluso transformar la realidad: de una manera o de otra, aceptándola o rechazándola, cree en esta realidad. Si algo tenemos en común los seres humanos (por nuestra condición de seres sociales, en comunidad y en comunicación) es la visión de la realidad que hemos construido para facilitar la convivencia: si el ser humano, tal como lo conoce la cultura occidental, hubiese elegido un camino distinto al del progreso y de la ciencia, condenándose de este modo a la historia, y hubiese aceptado el éxtasis del instante, nuestra visión de las sociedades primitivas que existieron en esta concepción del instante, fuera del progreso y de la historia, no sería un mito (como lo es hoy, ya inevitablemente), sino una parte de la realidad: al fin y al cabo, el mito es nostalgia de lo que existió y de lo que ha dejado de existir para convertirse en un imposible absoluto.

Hay escritores que intentan recuperar este pasado del hombre que ya llamamos magia y mito: y es precisamente a través del arte que podemos recuperarlo, crear este instante eterno que puede representar una pintura, un poema, una novela, no importa si es la trágica mitología de Pavese o la maravillosa de García Márquez. Estos escritores tienen nostalgia de la otra realidad que existió y que ha dejado de existir y la convocan mágicamente a través del arte. Para quien es insensible a este paraíso perdido, para el que ha aceptado como única realidad la realidad *visible* creada por el progreso, el mito pertenece al reino de la invención, y por lo mismo que la invención está concebida como un enemigo (más o menos amable) de la realidad, sólo sirve, en todo caso, como una evasión de la realidad.

La literatura mítica, al evocar la otra realidad, implícitamente está negando la realidad que le rodea por falsa y por equivocada. De ahí que Macondo sea el paraíso perdido, un reino del pasado, y sea asimismo un territorio de injusticia, violencia, explotación: la realidad latinoamericana. Hay una crítica (y, por tanto, una aceptación) de esta otra realidad en la que convivimos y por la que nos definimos como seres sociales. Pero hay una escritura que va más lejos, que tuvo